EL POBRECITO HABLADOR

Ilustrados y urnas

Cándido

Oiga, don Cándido, ¿usted no ha notado que hay personas de mucha ilustración incomodadas con el voto del pueblo? ¿O son figuraciones mías?

—La verdad, señor Ochotorena, creo que aquí todo el mundo acepta la democracia, que eso no se discute.

—Sí, sí, pero antes.

—¿Antes? ¿A cuándo se refiere usted?

—A antes de celebrarse las elecciones. Entonces todo el mundo aceptaba la democracia. Incluso las personas de mucha ilustración a las que me refiero echaban mítines confiando en la majestad inmaculada de la urna. Por ejemplo, el elocuente y culto Sánchez Dragó, consumado cronista de la España mágica.

—Es amigo mío y le admiro, señor Ochotorena.

—Pero eso no quita. Echó un mitin en la televisión de efectos fulminantes.

—¿Sí?

—Sí. En diez minutos le quitó quinientos mil votos al Partido Popular.

—Pues no vi yo esa sesión.

—Hay que informarse, formarse y reformarse viendo la televisión. Y para hablar de otra persona de mucha ilustración, ¿vio el artículo de Antonio García Trevijano titulado "Depresión postelectoral"?

—No entendí muy bien la prosa, aquí lo llevo recortado para meditar sobre él.

—¿Que no lo entendió? Pues está más claro que el sopicaldo de un cuartel en Bosnia.

—Pues mire, como lo traigo aquí voy a ensayar una nueva lectura. Vamos a ver. Dice: "Quisiera comprender la razón del malestar que ha producido, en los sentimientos morales de sectores sensibles de la sociedad, la renovación electoral de la misma hegemonía política". Es el primer párrafo, ¿qué le parece?

—Muy fino y subyacente.

—Será como dice, señor Ochotorena, porque usted se pasa la vida leyendo a los clásicos, pero yo encuentro dificultades de análisis.

—A ver cómo es eso.

—Mire, hay una razón del malestar que es producida en los sentimientos morales. No en unos sentimientos morales cualquiera, sino en los de sectores sensibles. ¿Qué pasa con los electores no sensibles? ¿No tienen sentimientos morales?

—Hombre, sí, tienen sentimientos morales, pero esos sentimientos no son atacados por la razón del malestar.

—Pero ¿qué pasa con la razón del malestar que ataca, es como la división acorazada?

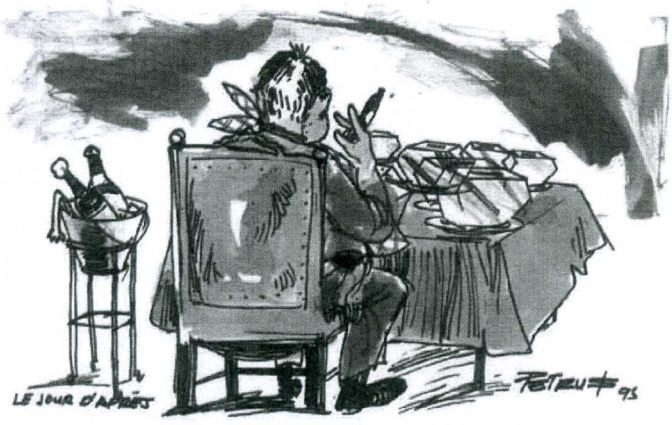
—No descontextualice y no me sea cabeza de chorlito. La razón del malestar que ataca los sentimientos de los sectores sensibles es la renovación electoral de la misma hegemonía política. Lea, lea.

—No, si ya lo he leído. Lo que yo saco en claro es que los votantes del PSOE no tienen sentimientos morales, y por tanto no hay una razón del malestar que se produzca en ellos. No son sectores sensibles.

—Vea, lea más abajo. No tome a broma cosa tan seria, que le va a castigar Dios. Dice aquí: "Lo que en realidad deprime no es tanto el triunfo en la sociedad política de la corrupción y la mentira, como el fracaso en la sociedad civil de la conciencia de la realidad política...". Es muy fino. ¿No se da cuenta? Razón del malestar, conciencia de la realidad política. Razón, conciencia, no el jodío voto que se mete en la urna sin conciencia y sin razón. ¿Cómo no va a herir eso los sentimientos morales de los sectores sensibles?

—Oiga, perdone, pero me gustaría insistir. ¿Quienes votaron al PSOE no son sectores sensibles?

—Son clases peligrosas.



—Pues me deja frío como el mármol.

—Cálmese. En realidad la culpa de todo la tiene el Estado de partidos. Sigamos leyendo. "La depresión postelectoral no proviene pues del carácter exigente de unas personas puritanas, sino del afán de independencia de la conciencia social ante una tiranía moral que la oprime, sin razón histórica, desde la anacrónica sociedad política del Estado de partidos".

—O sea, que el Estado de partidos es una tiranía.

—Moral.

—Y por tanto el voto socialista es inmoral.

—Exacto.

—¿Y entonces qué hacemos?

—Pues mire, me pone usted en una situación muy comprometida. No sé qué decirle. ¿Que qué hacemos? Ya es tarde, ya se consumó la razón del malestar en los sentimientos morales de los sectores sensibles por causa de una tiranía moral que oprime la conciencia social, qué quiere que le diga. Antes podíamos haber votado a García Trevijano, pero ahora... No sé, no sé, lo veo mal. Para el caso es como si hubiésemos votado "la amoralidad propia de la razón de Estado".

—A mí todo eso me suena a Juan y Manuela.

—Eso demuestra "la escasa influencia en la opinión prejuiciosa de las ideas razonadas y los hechos verídicos, cuando menoscaban el prestigio del poder establecido", dice García Trevijano con razón que le sobra.

—Qué cosas, ¿verdad usted? Dígame, ¿las urnas sirven para algo o no? Lo que tenemos planteado aquí es una logomaquia, un circunloquio, una locuacidad y un locutorio, ¿pero qué pasa con las urnas? ¿Sirven o no sirven?

—Pues me vuelve usted a poner en un aprieto. Lo que dice el articulista es que de las urnas ha salido "la hegemonía de la inmoralidad o de la imbecilidad políticas".

—¿Se puede elegir?